

luego "se convirtió en antípoda del arte horaciano": el *Polifemo* y las *Soledades* son "jeroglíficos que nadie lee en épocas de *buen gusto*" (pp. 115-116); para García Lorca basta esta frase lacónica y terrible: "exceso de modernismo y pasión gongorina por el epíteto" (p. 135). El libro del padre Andrade parece una clausura de cursos, una larga, larguísima (pp. 89-298) distribución de premios y palmetazos a gran número de "vates" y "portaliras": por un lado los "portaliras" horacianos, los que tienen "estro", "numen", "corte elegante y sobrio" —en una palabra, "*buen gusto*"—, como Lisímaco Chavarría, Numa Pompilio Liona, Horacio Rega Molina, el padre Teódulo Vargas, S. J., don Vicente W. Querol y tantos más, y por otro los malos, los desorientados y oscuros, los decadentes, ininteligibles e irreligiosos (¿en qué abismos de *mal gusto* no caerá el que deja de ser horaciano?), como García Lorca, Porfirio Barba Jacob, César Vallejo, Borges, Carrera Andrade y —¿hace falta decirlo?— el "extravagante" Pablo Neruda.

Lo único grave de todo esto es pensar que semejante libro pueda utilizarse de veras en las aulas, imaginar que sea el padre Andrade quien escriba por primera vez en la *tabula rasa* de las inteligencias infantiles y adolescentes. A esas inteligencias vírgenes se dirige al explicar su dogma literario y al asentar dos o tres verdades como un templo (p. 59): "Vana sería la labor del crítico que quisiera hallar [en los versos de Horacio] el paisaje tropical, la descripción del Tequendama, o el ruido de la locomotora, o los círculos que traza un avión por el azul del cielo" (por si algún retrasadillo aún no entiende, el padre Andrade le da a renglón seguido una benévola y previsible explicación: "Esto no puede ser, por la razón sencilla de que los objetos que responden a esas imágenes no pertenecen ni a la naturaleza, ni a la civilización que conoció Horacio").—A. ALATORRE.

J. S. BRUSHWOOD, *The romantic novel in Mexico*. The University of Missouri, Columbia, Mo., 1954; 98 pp. (*The University of Missouri Studies*, 4).

Brushwood, estudioso de la literatura iberoamericana, se impuso en este trabajo algunas limitaciones previas, atendiendo seguramente a la extensión del período, a la falta de monografías sobre cada época y, en general, a las deficiencias de la bibliografía respectiva. Un análisis completo de la novela romántica mexicana no puede emprenderse todavía por esas causas; de ahí que el esfuerzo de Brushwood sea más encomiable. Estudia todo el romanticismo novelístico (1830-1880), con la única exclusión de la novela histórica, y recoge la bibliografía correspondiente, dando cabida a autores y obras de los que apenas se tenía noticia. Son éstos, ciertamente, muy secundarios, pero el investigador ha hecho bien en no descuidarlos en un estudio de conjunto, y sobre todo en su bibliografía, que es un buen punto de partida para trabajos ulteriores.

La primera parte abarca desde los comienzos del romanticismo hasta el predominio del realismo, con capítulos dedicados especialmente a los años 1850-1867 ("Society and sentiment") y 1867-1887 ("Altamirano's Renaissance"), períodos los más ricos en calidad y en cantidad. La segunda parte ofrece la bibliografía anotada en orden alfabético de autores. Fuera de texto se reproducen varias interesantes litografías —ilustraciones de novelas, retratos de los novelistas— que subrayan la imagen del romanticismo mexicano que nos da Brushwood: no sólo amor e intrigas, sino también "a portrayal of the social scene", costumbrismo de buena ley que alguna vez produjo obras de verdadero arte.—E. MEJÍA SÁNCHEZ.